
DEVOCIONES A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

“Jesucristo, habiendo entrado una vez por todas en el santuario del cielo, intercede sin cesar por nosotros como el mediador” a la derecha del Padre “que nos asegura permanentemente la efusión del Espíritu Santo”. No hay otro camino para llegar al Padre si no es a través de Jesucristo.¹

“La oración de la Iglesia, alimentada por la palabra de Dios y por la celebración de la liturgia, nos enseña a orar al Señor Jesús. Aunque esté dirigida sobre todo al Padre, en todas las tradiciones litúrgicas incluye formas de oración dirigidas a Cristo. Algunos salmos, según su actualización en la oración de la Iglesia, y el Nuevo Testamento ponen en nuestros labios y graban en nuestros corazones las invocaciones de esta oración a Cristo: Hijo de Dios, Verbo de Dios, Señor, Salvador, Cordero de Dios, Rey, Hijo amado, Hijo de la Virgen, Buen Pastor, Vida nuestra, nuestra Luz, nuestra Esperanza, Resurrección nuestra, Amigo de los hombres”.²

DEVOCIÓN DEL PRIMER VIERNES AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

“La oración de la Iglesia venera y honra al [Sagrado] Corazón de Jesús, como invoca su Santísimo Nombre. Adora al Verbo encarnado y a su Corazón que, por amor a los hombres, se dejó traspasar por nuestros pecados”.³

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es muy antigua en la Iglesia; sin embargo, fue Santa Margarita María de Alacoque quien la popularizó. Jesús se le apareció durante la octava de la fiesta de *Corpus Christi* y le dijo: “Mira este corazón mío, que

1. Cf. CEC, 667.

2. Cf. CEC, 2665.

3. Cf. CEC, 2669.

a pesar de consumirse en amor abrasador por los hombres, no recibe de los cristianos otra cosa que sacrilegio, desprecio, indiferencia e ingratitud, aún en el mismo sacramento de mi amor. Pero lo que traspasa mi Corazón más desgarradoramente es que estos insultos los recibo de personas consagradas especialmente a mi servicio".⁴

Nuestro Señor hizo grandes promesas a aquellos que le demuestran su amor y hacen expiación por los pecados propios y ajenos: "Yo prometo en la excesiva misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso concederá a todos los que comulguen los nueve primeros viernes consecutivos la gracia de la perseverancia final: no morirán en mi desgracia ni sin recibir los Sacramentos, haciéndose mi Corazón su asilo seguro en aquella última hora".⁵

La gran promesa del Sagrado Corazón de Jesús es muy consoladora: la gracia de la perseverancia final y el gozo de encontrar en su Sacratísimo Corazón un refugio seguro de misericordia en nuestra última hora.

Para ganar esta gracia debemos:

- Recibir sin interrupción la Sagrada Comunión durante nueve primeros viernes consecutivos.
- Tener la intención de honrar al Sagrado Corazón de Jesús y de alcanzar la perseverancia final.
- Ofrecer cada Sagrada Comunión como un acto de expiación por las ofensas cometidas contra el Santísimo Sacramento.

Oración

Oh Dios,
que en el corazón de tu Hijo,
herido por nuestros pecados,
has depositado infinitos tesoros de caridad;
te pedimos que,
al rendirle el homenaje de nuestro amor,
le ofrezcamos una cumplida reparación.

Por Jesucristo nuestro Señor. **R. Amén.**

4. Cf. Santa Margarita María de Alacoque, *Autobiografía*.

5. *Ibidem*.

LECTURA BÍBLICA

Juan 19,31-37

Los judíos, como era el día de la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sábado, por ser día grande aquel sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitasen. Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con Él; pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; él sabe que dice verdad para que vosotros creáis; porque esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: “No romperéis ni uno de sus huesos”. Y otra Escritura dice también: “Mirarán al que traspasaron”.

Consideraciones⁶

1. El amor se nos revela en la Encarnación, en ese andar redentor de Jesucristo por nuestra tierra, hasta el sacrificio supremo de la Cruz. Y, en la Cruz, se manifiesta con un nuevo signo: *uno de los soldados abrió a Jesús el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua*. Agua y sangre de Jesús que nos hablan de una entrega realizada hasta el último extremo, hasta el consummatum est, el todo está consumado, por amor.

La plenitud de Dios se nos revela y se nos da en Cristo, en el amor de Cristo, en el Corazón de Cristo. Porque es el Corazón de Aquel en quien *habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente*. Por eso, si se pierde de vista este gran designio de Dios—la corriente de amor instaurada en el mundo por la Encarnación, por la Redención y por la Pentecostés—, no se comprenderán las delicadezas del Corazón del Señor.

6 Extractos de la homilía “El Corazón de Cristo, Paz de los Cristianos” en *Es Cristo que Pasa*, por el San Josemaría Escrivá de Balaguer.

2. Tengamos presente toda la riqueza que se encierra en estas palabras: Sagrado Corazón de Jesús. Cuando hablamos de corazón humano no nos referimos sólo a los sentimientos, aludimos a toda la persona que quiere, que ama y trata a los demás. Y, en el modo de expresarse los hombres, que han recogido las Sagradas Escrituras para que podamos entender así las cosas divinas, el corazón es considerado como el resumen y la fuente, la expresión y el fondo último de los pensamientos, de las palabras, de las acciones. Un hombre vale lo que vale su corazón, podemos decir con lenguaje nuestro.

Por eso al tratar ahora del Corazón de Jesús, ponemos de manifiesto la certidumbre del amor de Dios y la verdad de su entrega a nosotros. Al recomendar la devoción a ese Sagrado Corazón, estamos recomendando que debemos dirigirnos íntegramente—con todo lo que somos: nuestra alma, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, nuestros trabajos y nuestras alegrías—a Jesús.

En ésto se concreta la verdadera devoción al Corazón de Jesús: en conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos, y en mirar a Jesús y acudir a El, que nos anima, nos enseña, nos guía. No cabe en esta devoción más superficialidad que la del hombre que, no siendo íntegramente humano, no acierta a percibir la realidad de Dios encarnado.

3. Jesús en la Cruz, con el corazón traspasado de Amor por los hombres, es una respuesta elocuente —sobran las palabras— a la pregunta por el valor de las cosas y de las personas. Valen tanto los hombres, su vida y su felicidad, que el mismo Hijo de Dios se entrega para redimirlos, para limpiarlos, para elevarlos. *¿Quién no amará su Corazón tan herido?*, preguntaba ante eso un alma contemplativa. Y seguía preguntando: *¿quién no devolverá amor por amor? ¿Quién no abrazará un Corazón tan puro?* Nosotros, *que somos de carne, pagaremos amor por amor, abrazaremos a nuestro*

herido, al que los impíos atravesaron manos y pies, el costado y el Corazón. Pidamos que se digne ligar nuestro corazón con el vínculo de su amor y herirlo con una lanza, porque es aún duro e impenitente. Pero fijaos en que Dios no nos declara: en lugar del corazón, os daré una voluntad de puro espíritu. No: nos da un corazón, y un corazón de carne, como el de Cristo. Yo no cuento con un corazón para amar a Dios, y con otro para amar a las personas de la tierra. Con el mismo corazón con el que he querido a mis padres y quiero a mis amigos, con ese mismo corazón amo yo a Cristo, y al Padre, y al Espíritu Santo y a Santa María. No me cansaré de repetirlo: tenemos que ser muy humanos; porque, de otro modo, tampoco podremos ser divinos.

Si no aprendemos de Jesús, no amaremos nunca. Si pensásemos, como algunos, que conservar un corazón limpio, digno de Dios, significa *no mezclarlo, no contaminarlo* con afectos humanos, entonces el resultado lógico sería hacernos insensibles ante el dolor de los demás. Seríamos capaces sólo de una *caridad oficial*, seca y sin alma, no de la verdadera caridad de Jesucristo, que es cariño, calor humano. Con ésto no doy pie a falsas teorías, que son tristes excusas para desviar los corazones—apartándolos de Dios—, y llevarlos a malas ocasiones y a la perdición.

4. Pero he de proponeros además otra consideración: que hemos de luchar sin desmayo por obrar el bien, precisamente porque sabemos que es difícil que los hombres nos decidamos seriamente a ejercitar la justicia, y es mucho lo que falta para que la convivencia terrena esté inspirada por el amor, y no por el odio o la indiferencia. No se nos oculta tampoco que, aunque consigamos llegar a una razonable distribución de los bienes y a una armoniosa organización de la sociedad, no desaparecerá el dolor de la enfermedad, el de la incomprensión o el de la soledad, el de la muerte de las personas que amamos, el de la experiencia de la propia limitación.

Ante esas pesadumbres, el cristiano sólo tiene una respuesta auténtica, una respuesta que es definitiva: Cristo en la Cruz, Dios que sufre y que muere, Dios que nos entrega su Corazón, que una lanza abrió por amor a todos. Nuestro Señor abomina las injusticias, y condena al que las comete. Pero, como respeta la libertad de cada individuo, permite que las haya. Dios Nuestro Señor no causa el dolor de las criaturas, pero lo tolera porque—después del pecado original—forma parte de la condición humana. Sin embargo, su Corazón lleno de Amor por los hombres le hizo cargar sobre sí, con la Cruz, todas esas torturas: nuestro sufrimiento, nuestra tristeza, nuestra angustia, nuestra hambre y sed de justicia.

El dolor entra en los planes de Dios. Esa es la realidad, aunque nos cueste entenderla. También, como Hombre, le costó a Jesucristo soportarla: *Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*. En esta tensión de suplicio y de aceptación de la voluntad del Padre, Jesús va a la muerte serenamente, perdonando a los que le crucifican.

Precisamente, esa admisión sobrenatural del dolor supone, al mismo tiempo, la mayor conquista. Jesús, muriendo en la Cruz, ha vencido la muerte; Dios saca, de la muerte, vida. La actitud de un hijo de Dios no es la de quien se resigna a su trágica desventura, es la satisfacción de quien degusta ya la victoria. En nombre de ese amor victorioso de Cristo, los cristianos debemos lanzarnos por todos los caminos de la tierra, para ser sembradores de paz y de alegría con nuestra palabra y con nuestras obras. Hemos de luchar—lucha de paz—contra el mal, contra la injusticia, contra el pecado, para proclamar así que la actual condición humana no es la definitiva; que el amor de Dios, manifestado en el Corazón de Cristo, alcanzará el glorioso triunfo espiritual de los hombres.

CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE

“Me entrego, y al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo consagro sin reservas, mi persona, mi vida, mis obras, mis dolores y sufrimientos. Me comprometo a no usar parte alguna de mí ser sino es para honrar, amar y glorificar al Sagrado Corazón. Este es mi propósito inmutable: ser enteramente suyo y hacer todas las cosas por su amor. Al mismo tiempo renuncio de todo corazón a todo aquello que le desagrada.

“Sagrado Corazón de Jesús, quiero tenerte como único objeto de mi amor. Sé pues, mi protector en esta vida y garantía de la vida eterna. Sé fortaleza en mi debilidad e inconstancia. Sé propiciación y desagravio por todos los pecados de mi vida. Corazón lleno de bondad, sé para mí el refugio en la hora de mi muerte y mi intercesor ante Dios Padre. Desvía de mí el castigo de Su justa ira. Corazón de amor, en Ti pongo toda mi confianza. De mi maldad todo lo temo. Pero de tu Amor todo lo espero. Erradica de mí, Señor, todo lo que te disguste o me pueda apartar de Ti. Que tu amor se imprima tan profundamente en mi corazón que jamás te olvide yo y que jamás me separe de Ti.

“Señor y Salvador mío, te ruego, por el amor que me tienes, que mi nombre esté profundamente grabado en tu sagrado Corazón; que mi felicidad y mi gloria sean vivir y morir en tu servicio. Amén”.

Oración

Omnipotente y sempiterno Dios,
mira al corazón de tu amadísimo Hijo
y a las alabanzas y satisfacciones
que en nombre de los pecadores te tributa,
y concede aplacado el perdón
a los que imploran tu misericordia
en el nombre de tu mismo Hijo Jesucristo,

Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

LETANÍA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Señor, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Cristo, escúchanos.

Dios, Padre celestial,

Ten piedad de nosotros.

Dios, Espíritu Santo,

Trinidad Santa, un solo Dios,

Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre,

Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo
en el seno de la Virgen María,

Corazón de Jesús,

unido substancialmente al Verbo de Dios,

Corazón de Jesús, de majestad infinita,

Corazón de Jesús, templo santo de Dios,

Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo,

Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo,

Corazón de Jesús, hoguera ardiente de caridad,

Corazón de Jesús, asilo de justicia y de amor,

Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor,

Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes,

Corazón de Jesús, digno de toda alabanza,

Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones,

Corazón de Jesús, en quien están todos los tesoros
de la sabiduría y de la ciencia,

Corazón de Jesús, en quien habita toda
la plenitud de la divinidad,

Corazón de Jesús, en quien el Padre
halló sus complacencias, **Ten piedad de nosotros.**

Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido,

Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados,

Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia,

Corazón de Jesús, rico para todos los que te invocan,

Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad,

Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados,

Corazón de Jesús, despedazado por nuestros delitos,

Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte,

Corazón de Jesús, traspasado por una lanza

Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra,

Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra,

Corazón de Jesús, víctima de los pecadores,

Corazón de Jesús, salvación de los que en Ti esperan,

Corazón de Jesús, esperanza de los que en Ti mueren,

Corazón de Jesús, delicia de todos los santos,

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,

Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,

Óyenos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,

Ten misericordia de nosotros.

Jesús, manso y humilde de corazón,

Haz nuestro corazón semejante al Tuyo.

Oración

Oh Dios,

que al contemplar el Corazón de tu Hijo amado

recordamos los beneficios de su amor para con nosotros;

concédenos recibir de esta fuente divina de gracia,

dones más abundantes.

Por Jesucristo nuestro Señor. **R. Amén.**

ORACIÓN AL NOMBRE DE JESÚS⁷

"El Nombre que todo lo contiene es aquel que el Hijo de Dios recibe en su encarnación: Jesús. El nombre divino es inefable para los labios humanos, pero el Verbo de Dios, al asumir nuestra humanidad, nos lo entrega y nosotros podemos invocarlo: 'Jesús', 'YHWH salva'. El Nombre de Jesús contiene todo: Dios y el hombre y toda la economía de la creación y de la salvación. Decir 'Jesús' es invocarlo desde nuestro propio corazón. Su Nombre es el único que contiene la presencia que significa. Jesús es el resucitado, y cualquiera que invoque su Nombre acoge al Hijo de Dios que le amó y se entregó por él .

"Esta invocación de fe bien sencilla ha sido desarrollada en la tradición de la oración bajo formas diversas en Oriente y en Occidente. La formulación más habitual, transmitida por los espirituales del Sinaí, de Siria y del monte Athos es la invocación: '¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, Ten piedad de nosotros, pecadores!' Conjugua el himno cristológico de [la epístola a los] Filipenses con la petición del publicano y del mendigo ciego. Mediante ella, el corazón se abre a la miseria de los hombres y a la misericordia de su Salvador.

"La invocación del santo Nombre de Jesús es el camino más sencillo de la oración continua. Repetida con frecuencia por un corazón humildemente atento, no se dispersa en 'palabrerías', sino que 'conserva la Palabra y fructifica con perseverancia'. Es posible 'en todo tiempo' porque no es una ocupación al lado de otra, sino la única ocupación, la de amar a Dios, que anima y transfigura toda acción en Cristo Jesús".⁸

7. Cf. CEC, 2666-2668.

8. *Ibidem*.

LETANÍA DEL SANTO NOMBRE DE JESÚS

Señor, ten piedad de nosotros

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos

Cristo, escúchanos.

Dios, Padre celestial,

Ten misericordia de nosotros.

Dios Hijo, Redentor del mundo,

Dios Espíritu Santo,

Santísima Trinidad, un solo Dios,

Jesús, hijo de Dios vivo,

Jesús, esplendor del Padre,

Jesús, pureza de la luz eterna,

Jesús, rey de la gloria,

Jesús, sol de justicia,

Jesús, hijo de la Virgen María,

Jesús, amable,

Jesús, admirable,

Jesús, Dios fuerte,

Jesús, padre del siglo futuro,

Jesús, mensajero del plan divino,

Jesús, todopoderoso,

Jesús, pacientísimo,

Jesús, obedientísimo,

Jesús, manso y humilde de corazón,

Jesús, amante de la castidad,

Jesús, amador nuestro,

Jesús, Dios de paz,

Jesús, autor de la vida, **Ten misericordia de nosotros.**
Jesús, modelo de virtudes,
Jesús, celoso de la salvación de las almas,
Jesús, nuestro Dios,
Jesús, nuestro refugio,
Jesús, padre de los pobres,
Jesús, tesoro de los fieles,
Jesús, pastor bueno,
Jesús, verdadera luz,
Jesús, sabiduría eterna,
Jesús, bondad infinita,
Jesús, camino y vida nuestra,
Jesús, alegría de los ángeles,
Jesús, rey de los patriarcas,
Jesús, maestro de los apóstoles,
Jesús, doctor de los evangelistas,
Jesús, fortaleza de los mártires,
Jesús, luz de los confesores,
Jesús, pureza de las vírgenes,
Jesús, corona de todos los santos,
Senos propicio; **Perdónanos, Jesús.**
Senos propicio; **Escúchanos, Jesús.**
De todo mal, **Líbranos, Jesús.**
De todo pecado,
De tu ira,
De las asechanzas del demonio,
Del espíritu impuro,
De la muerte eterna,
Del menosprecio de tus inspiraciones,
Por el misterio de tu santa encarnación,
Por tu natividad,
Por tu infancia,

Por tu divinísima vida, **Líbranos, Jesús.**
Por tus trabajos,
Por tu agonía y Pasión,
Por tu cruz y desamparo,
Por tus sufrimientos,
Por tu muerte y sepultura,
Por tu resurrección
Por tu ascensión,
Por tu institución de la santísima Eucaristía,
Por tus gozos,
Por tu gloria,
Cordero de Dios,
que quitas los pecados del mundo, **Perdónanos, Jesús.**
Cordero de Dios,
que quitas los pecados del mundo, **Escúchanos Jesús.**
Cordero de Dios,
que quitas los pecados del mundo,
Ten misericordia de nosotros Jesús.
Jesús, óyenos, **Jesús, óyenos.**
Jesús, escúchanos, **Jesús, escúchanos.**

Oración

Te pedimos Señor,
que quienes veneremos el Santísimo Nombre de Jesús
disfrutemos en esta vida de la dulzura de su gracia
y de su gozo eterno en el Cielo.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.



VÍA CRUCIS⁹

El cristiano quiere seguir los pasos del Señor—especialmente el *Vía Crucis*. La piedad ha llevado a los cristianos a la práctica del *Vía Crucis*, siguiendo al Salvador en su camino al Calvario. El Pretorio, la subida al Gólgota y el Sepulcro, jalonan el recorrido de Jesús que nos redimió con su Santa Cruz.

El *Vía Crucis* se hace recorriendo, si se puede, las 14 estaciones erigidas en una iglesia u oratorio. Se medita en cada una de ellas una escena de la Pasión y Muerte de Cristo. Se puede ganar una indulgencia plenaria con las debidas disposiciones.

Oración Preparatoria

*Señor mío y Dios mío,
bajo la mirada amorosa de nuestra Madre,
nos disponemos a acompañarte
por el camino de dolor,
que fue precio de nuestro rescate.
Queremos sufrir todo lo que Tú sufriste,
ofrecerte nuestro pobre corazón, contrito,
porque eres inocente y vas a morir por nosotros,
que somos los únicos culpables.
Madre mía, Virgen dolorosa,
ayúdame a revivir aquellas horas amargas
que tu Hijo quiso pasar en la tierra,
para que nosotros, hechos de un puñado de lodo,
viviésemos al fin
in libertatem gloriæ filiorum Dei,
en la libertad y gloria de los hijos de Dios.*

9. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Vía Crucis*, Rialp, Madrid, 1981.



I ESTACIÓN

CONDENAN A MUERTE A JESÚS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Han pasado ya las diez de la mañana. El proceso está llegando a su fin. No ha habido pruebas concluyentes. El juez sabe que sus enemigos se lo han entregado por envidia, e intenta un recurso absurdo: la elección entre Barrabás, un malhechor acusado de robo con homicidio, y Jesús, que se dice Cristo. El pueblo elige a Barrabás. Pilatos exclama:

—*¿Qué he de hacer, pues, con Jesús?* (Mateo 26, 22). Contestan todos:—*¡Crucifícale!* El juez insiste:—*Pero ¿qué mal ha hecho?* Y de nuevo responden a gritos: —*¡Crucifícale!, ¡crucifícale!*

Se asusta Pilatos ante el creciente tumulto. Manda entonces traer agua, y se lava las manos a la vista del pueblo, mientras dice:

—*Inocente soy de la sangre de este justo; vosotros veréis* (Mateo 27, 24). Y después de haber hecho azotar a Jesús, lo entrega para que lo crucifiquen. Se hace el silencio en aquellas gargantas embravecidas y posesas. Como si Dios estuviese ya vencido.

* Jesús está solo. Quedan lejanos aquellos días en que la palabra del Hombre-Dios ponía luz y esperanza en los corazones, aquellas largas procesiones de enfermos que eran curados, los clamores triunfales de Jerusalén cuando llegó el Señor montado en un manso pollino.

¡Si los hombres hubieran querido dar otro curso al amor de Dios. Si tú y yo hubiésemos conocido el día del Señor!

Después de cada estación se puede rezar un Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.

* En este momento puede uno arrodillarse.



II ESTACIÓN

JESÚS CARGA CON LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Fuera de la ciudad, al noroeste de Jerusalén, hay un pequeño collado: Gólgota se llama en arameo; *locus Calvariæ*, en latín: lugar de las Calaveras o Calvario.

Jesús se entrega inerme a la ejecución de la condena. No se le ha de ahorrar nada, y cae sobre sus hombros el peso de la cruz infamante. Pero la Cruz será, por obra de amor, el trono de su realeza.

Las gentes de Jerusalén y los forasteros venidos para la Pascua se agolpan por las calles de la ciudad, para ver pasar a Jesús Nazareno, el Rey de los judíos. Hay un tumulto de voces; y a intervalos, cortos silencios: tal vez cuando Cristo fija los ojos en alguien:

—*Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz de cada día y sígame* (Mateo 26, 24).

¡Con qué amor se abraza Jesús al leño que ha de darle muerte!

* ¿No es verdad que en cuanto dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz, y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales?

Es verdaderamente suave y amable la Cruz de Jesús. Ahí no cuentan las penas; sólo la alegría de saberse corredtores con Él.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



III ESTACIÓN

CAE JESÚS POR PRIMERA VEZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

La Cruz hiende, destroza con su peso los hombros del Señor.

La turbamulta ha ido agigantándose. Los legionarios apenas pueden contener la encrespada, enfurecida muchedumbre que, como río fuera de cauce, afluye por las callejuelas de Jerusalén.

El cuerpo extenuado de Jesús se tambalea ya bajo la Cruz enorme. De su Corazón amorosísimo llega apenas un aliento de vida a sus miembros llagados.

A derecha e izquierda, el Señor ve esa multitud que anda como ovejas sin pastor. Podría llamarlos uno a uno, por sus nombres, por nuestros nombres. Ahí están los que se alimentaron en la multiplicación de los panes y de los peces, los que fueron curados de sus dolencias, los que adoctrinó junto al lago y en la montaña y en los pórticos del Templo.

Un dolor agudo penetra en el alma de Jesús, y el Señor se desploma extenuado.

* Tú y yo no podemos decir nada: ahora ya sabemos por qué pesa tanto la Cruz de Jesús. Y lloramos nuestras miserias y también la ingratitud tremenda del corazón humano. Del fondo del alma nace un acto de contrición verdadera, que nos saca de la postración del pecado. Jesús ha caído para que nosotros nos levantemos: una vez y siempre.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



IV ESTACIÓN

**JESÚS ENCUENTRA A MARIA,
SU SANTÍSIMA MADRE**

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. **Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Apenas se ha levantado Jesús de su primera caída, cuando encuentra a su Madre Santísima, junto al camino por donde Él pasa.

Con inmenso amor mira María a Jesús, y Jesús mira a su Madre; sus ojos se encuentran, y cada corazón vierte en el otro su propio dolor. El alma de María queda anegada en amargura, en la amargura de Jesucristo.

¡Oh vosotros cuantos pasáis por el camino: mirad y ved si hay dolor comparable a mi dolor! (Lamentaciones 1,2).

Pero nadie se da cuenta, nadie se fija; sólo Jesús.

Se ha cumplido la profecía de Simeón: *una espada traspasará tu alma* (Lucas 2,35).

En la oscura soledad de la Pasión, Nuestra Señora ofrece a su Hijo un bálsamo de ternura, de unión, de fidelidad; un sí a la voluntad divina.

* De la mano de María, tú y yo queremos también consolar a Jesús, aceptando siempre y en todo la Voluntad de su Padre, de nuestro Padre.

Sólo así gustaremos de la dulzura de la Cruz de Cristo, y la abrazaremos con la fuerza del Amor, llevándola en triunfo por todos los caminos de la tierra.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. **Ten piedad y misericordia de mí.**



V ESTACIÓN

**SIMÓN AYUDA A LLEVAR
LA CRUZ DE JESÚS**

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús está extenuado. Su paso se hace más y más torpe, y la soldadesca tiene prisa por acabar; de modo que, cuando salen de la ciudad por la puerta Judiciaria, requieren a un hombre que venía de una granja, llamado Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, y le fuerzan a que lleve la cruz de Jesús (cf. Marcos 15, 21).

En el conjunto de la Pasión, es bien poca cosa lo que supone esta ayuda. Pero a Jesús le basta una sonrisa, una palabra, un gesto, un poco de amor para derramar copiosamente su gracia sobre el alma del amigo. Años más tarde, los hijos de Simón, ya cristianos, serán conocidos y estimados entre sus hermanos en la fe. Todo empezó por un encuentro inopinado con la Cruz.

Me presenté a los que no preguntaban por mí, me hallaron los que no me buscaban (Isaías 16, 1).

* A veces la Cruz aparece sin buscarla: es Cristo que pregunta por nosotros. Y si acaso ante esa Cruz inesperada, y tal vez por eso más oscura, el corazón mostrara repugnancia... no le des consuelos. Y, lleno de una noble compasión, cuando los pida, dile despacio, como en confidencia: corazón, ¡corazón en la Cruz!, ¡corazón en la Cruz!

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



VI ESTACIÓN

UNA PIADOSA MUJER ENJUGA
EL ROSTRO DE JESÚS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

No hay en Él parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, ni belleza que agrade. Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada (Isaías 53, 2-3).

Y es el Hijo de Dios que pasa, loco... ¡loco de Amor!

Una mujer, Verónica de nombre, se abre paso entre la muchedumbre, llevando un lienzo blanco plegado, con el que limpia piadosamente el rostro de Jesús. El Señor deja grabada su Santa Faz en las tres partes de ese velo.

El rostro bienamado de Jesús, que había sonreído a los niños y se transfiguró de gloria en el Tabor, está ahora como oculto por el dolor. Pero este dolor es nuestra purificación; ese sudor y esa sangre que empañan y desdibujan sus facciones, nuestra limpieza.

* Señor, que yo me decida a arrancar, mediante la penitencia, la triste careta que me he forjado con mis miserias... Entonces, sólo entonces, por el camino de la contemplación y de la expiación, mi vida irá copiando fielmente los rasgos de tu vida. Nos iremos pareciendo más y más a Ti.

Seremos otros Cristos, el mismo Cristo, *ipse Christus*.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



VII ESTACIÓN

CAE JESÚS POR SEGUNDA VEZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Ya fuera de la muralla, el cuerpo de Jesús vuelve a abatirse a causa de la flaqueza, cayendo por segunda vez, entre el griterío de la muchedumbre y los empujones de los soldados.

La debilidad del cuerpo y la amargura del alma han hecho que Jesús caiga de nuevo. Todos los pecados de los hombres—los míos también—pesan sobre su Humanidad Santísima.

Fue él quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por castigado, herido de Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra salvación pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados (Isaías 53, 4-5).

Desfallece Jesús, pero su caída nos levanta, su muerte nos resucita.

A nuestra reincidencia en el mal, responde Jesús con su insistencia en redimirnos, con abundancia de perdón. Y, para que nadie desespere, vuelve a alzarse fatigosamente abrazado a la Cruz.

* Que los tropiezos y derrotas no nos aparten ya más de Él. Como el niño débil se arroja compungido en los brazos recios de su padre, tú y yo nos asiremos al yugo de Jesús. Sólo esa contrición y esa humildad transformarán nuestra flaqueza humana en fortaleza divina.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



VIII ESTACIÓN

JESÚS CONSUELA A LAS HIJAS DE JERUSALÉN

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Entre las gentes que contemplan el paso del Señor, hay unas cuantas mujeres que no pueden contener su compasión y prorrumpen en lágrimas, recordando acaso aquellas jornadas gloriosas de Jesucristo, cuando todos exclamaban maravillados: *bene omnia fecit* (Marcos 7,37), todo lo ha hecho bien.

Pero el Señor quiere enderezar ese llanto hacia un motivo más sobrenatural, y las invita a llorar por los pecados, que son la causa de la Pasión y que atraerán el rigor de la justicia divina:

—Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos.... Pues si al árbol verde le tratan de esta manera, ¿en el seco qué se hará? (Lucas 23,28,31).

* Tus pecados, los míos, los de todos los hombres, se ponen en pie. Todo el mal que hemos hecho y el bien que hemos dejado de hacer. El panorama desolador de los delitos e infamias sin cuento, que habríamos cometido, si Él, Jesús, no nos hubiera confortado con la luz de su mirada amabilísima.

¡Qué poco es una vida para reparar!

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



IX ESTACIÓN

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. **Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

El Señor cae por tercera vez, en la ladera del Calvario, cuando quedan sólo cuarenta o cincuenta pasos para llegar a la cumbre. Jesús no se sostiene en pie: le faltan las fuerzas, y yace agotado en tierra.

Se entregó porque quiso; maltratado, no abrió boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores (Isaías 53,7).

Todos contra Él...: los de la ciudad y los extranjeros, y los fariseos y los soldados y los príncipes de los sacerdotes... Todos verdugos. Su Madre—mi Madre—, María, llora.

¡Jesús cumple la voluntad de su Padre! Pobre: desnudo. Generoso: ¿qué le falta por entregar? *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me* (Gálatas 2,20), me amó y se entregó hasta la muerte por mí.

* ¡Dios mío!, que odie el pecado, y me una a Ti, abrazándome a la Santa Cruz, para cumplir a mi vez tu Voluntad amabilísima..., desnudo de todo afecto terreno, sin más miras que tu gloria..., generosamente, no reservándome nada, ofreciéndome contigo en perfecto holocausto.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. **Ten piedad y misericordia de mí.**



X ESTACIÓN

DESPOJAN A JESÚS DE SUS VESTIDURAS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Al llegar el Señor al Calvario, le dan a beber un poco de vino mezclado con hiel, como un narcótico, que disminuya en algo el dolor de la crucifixión. Pero Jesús, habiéndolo gustado para agradecer ese piadoso servicio, no ha querido beberlo (cf. Mateo 27,34). Se entrega a la muerte con la plena libertad del Amor.

Luego, los soldados despojan a Cristo de sus vestidos.

Desde la planta de los pies hasta la cabeza, no hay en él nada sano. Heridas, hinchazones, llagas podridas, ni curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite (Isaías 1,6).

Los verdugos toman sus vestidos y los dividen en cuatro partes. Pero la túnica es sin costura, por lo que dicen:

—No la dividamos; mas echemos suertes para ver de quién será (Juan 19,24).

De este modo se ha vuelto a cumplir la Escritura: *partieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica* (Salmo 21,19).

* Es el expolio, el despojo, la pobreza más absoluta. Nada ha quedado al Señor, sino un madero.

Para llegar a Dios, Cristo es el camino; pero Cristo está en la Cruz, y para subir a la Cruz hay que tener el corazón libre, desasido de las cosas de la tierra.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



XI ESTACIÓN

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Ahora crucifican al Señor, y junto a Él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Entretanto Jesús dice:

—*Padre, perdónales porque no saben lo que hacen* (Lucas 23, 34).

Es el Amor lo que ha llevado a Jesús al Calvario. Y ya en la Cruz, todos sus gestos y todas sus palabras son de amor, de amor sereno y fuerte.

Con ademán de Sacerdote Eterno, sin padre ni madre, sin genealogía (cf. Hebreos 7, 3), abre sus brazos a la humanidad entera.

Junto a los martillazos que enclavan a Jesús, resuenan las palabras proféticas de la Escritura Santa: *han taladrado mis manos y mis pies. Puedo contar todos mis huesos, y ellos me miran y contemplan* (Salmo 21, 17-18).

—*¡Pueblo mío! ¿Qué te hice o en qué te he contristado? ¡Respóndeme!* (Miqueas 6, 3).

* Y nosotros, rota el alma de dolor decimos sinceramente a Jesús: soy tuyo, y me entrego a Ti, y me clavo en la Cruz gustosamente, siendo en las encrucijadas del mundo un alma entregada a Ti, a tu gloria, a la Redención, a la corredención de la humanidad entera.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



XII ESTACIÓN

MUERTE DE JESÚS EN LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. **Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

En la parte alta de la Cruz está escrita la causa de la condena: *Jesús Nazareno Rey de los judíos* (Juan 19, 19). Y todos los que pasan por allí, le injurian y se mofan de Él. *Si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz* (Mateo 27, 42).

Uno de los ladrones sale en su defensa: *Este ningún mal ha hecho...* (Lucas 23, 41). Luego dirige a Jesús una petición humilde, llena de fe: *Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino* (Lucas 23, 42).

En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso (Lucas 23, 43).

Junto a la Cruz está su Madre, María, con otras santas mujeres. Jesús la mira, y mira después al discípulo que Él ama, y dice a su Madre: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Luego dice al discípulo: *Aquí tienes a tu madre* (Juan 19, 26-27).

Se apaga la luminaria del cielo, y la tierra queda sumida en tinieblas. Son cerca de las tres, cuando Jesús exclama: *Elí, Elí, lamma sabachtani?* (Mateo 17, 46).

Después, sabiendo que todas las cosas están a punto de ser consumadas, para que se cumpla la Escritura, dice: *Tengo sed* (Juan 19, 28). Los soldados empapan en vinagre una esponja, y poniéndola en una caña de hisopo se la acercan a la boca. Jesús sorbe el vinagre, y exclama: *Todo está cumplido* (Juan 19, 30).

El velo del templo se rasga, y tiembla la tierra, cuando clama el Señor con una gran voz: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lucas 23, 46). Y expira.

* Ama el sacrificio, que es fuente de vida interior. Ama la Cruz, que es altar del sacrificio. Ama el dolor, hasta beber, como Cristo, las heces del cáliz.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. **Ten piedad y misericordia de mí.**



XIII ESTACIÓN

**DESCLAVAN A JESÚS Y
LO ENTREGAN A SU MADRE**

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Anegada en dolor, está María junto a la Cruz. Y Juan, con Ella. Pero se hace tarde, y los judíos instan para que se quite al Señor de allí.

Después de haber obtenido de Pilatos el permiso que la ley romana exige para sepultar a los condenados, llega al Calvario *un senador llamado José, varón virtuoso y justo, oriundo de Arimatea. Él no ha consentido en la condena, ni en lo que los otros han ejecutado. Al contrario, es de los que esperan en el reino de Dios* (Lucas 23, 50–51). Con él viene también Nicodemo, *aquel mismo que en otra ocasión había ido de noche a encontrar a Jesús, y trae consigo una confección de mirra y áloe, cosa de cien libras* (Juan 19, 39).

Ellos no eran conocidos públicamente como discípulos del Maestro; no se habían hallado en los grandes milagros, ni le acompañaron en su entrada triunfal en Jerusalén. Ahora, en el momento malo, cuando los demás han huido, no temen dar la cara por su Señor.

Entre los dos toman el cuerpo de Jesús y lo dejan en brazos de su Santísima Madre. Se renueva el dolor de María.

***** *¿A dónde se fue tu Amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿A dónde se marchó el que tú quieres, y le buscaremos contigo?* (Cantar de los Cantares 5, 17).

La Virgen Santísima es nuestra Madre, y no queremos ni podemos dejarla sola.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. Ten piedad y misericordia de mí.



XIV ESTACIÓN

DAN SEPULTURA AL CUERPO DE JESÚS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. **Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.**

Muy cerca del Calvario, en un huerto, José de Arimatea se había hecho labrar en la peña un sepulcro nuevo. Y por ser la víspera de la gran Pascua de los judíos, ponen a Jesús allí. Luego, José, *arrimando una gran piedra, cierra la puerta del sepulcro y se va* (Mateo 27, 60).

Sin nada vino Jesús al mundo, y sin nada—ni siquiera el lugar donde reposa—se nos ha ido.

La Madre del Señor—mi Madre—y las mujeres que han seguido al Maestro desde Galilea, después de observar todo atentamente, se marchan también. Cae la noche.

Ahora ha pasado todo. Se ha cumplido la obra de nuestra Redención. Ya somos hijos de Dios, porque Jesús ha muerto por nosotros y su muerte nos ha rescatado.

Empti enim estis pretio magno! (1 Corintios 6, 20), tú y yo hemos sido comprados a gran precio.

* Hemos de hacer vida nuestra la vida y la muerte de Cristo. Morir por la mortificación y la penitencia, para que Cristo viva en nosotros por el Amor. Y seguir entonces los pasos de Cristo, con afán de corredimir a todas las almas.

Dar la vida por los demás. Sólo así se vive la vida de Jesucristo y nos hacemos una misma cosa con Él.

V. Pequé, Señor, pequé.

R. **Ten piedad y misericordia de mí.**

ACEPTACIÓN DE LA MUERTE

También nosotros, Señor, descenderemos a la tumba cuando, como y donde te plazca. Que sean cumplidos tus justos decretos: ¡Qué nuestros cuerpos pecadores se conviertan en polvo, pero en tu gran misericordia, recibe nuestras almas inmortales... y cuando nuestros cuerpos resuciten, llévalos a tu Reino para que puedan amarte y bendecirte por siempre!

Amado Padre mío y Dios mío, Señor de la vida y de la muerte, que como decreto inapelable has establecido que los hombres todos muramos como castigo justo por nuestros pecados. Mírame aquí, postrado ante Ti. Desde el fondo de mi corazón aborrezco mis pecados pasados, por los cuales he merecido la muerte muchas veces; muerte que acepto como expiación por mis pecados, y como prueba de mi sumisión a tu voluntad adorable.

Señor, felizmente moriré en el lugar, momento y forma en que Tú lo desees. Y hasta que llegue ese momento, aprovecharé el resto de mis días para luchar contra mis defectos y crecer más en tu amor, para romper los lazos que atan mi corazón a las criaturas y así preparar mi alma para cuando aparezca en tu presencia. Desde este momento me abandono sin reservas a los brazos de tu paternal Providencia.

Preparación para el momento de la muerte

Señor, Dios mío, ya desde ahora acepto de buena voluntad, como venida de vuestra mano, cualquier género de muerte que os plazca enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores.

PARA OBTENER UNA BUENA MUERTE

Oh Creador y Padre mío, imploro de Ti la más importante de todas las gracias: la perseverancia final y una muerte santa. A pesar de haber desperdiciado gran parte de la vida que me has dado hasta ahora, concédeme la gracia de vivirla bien a partir de este momento y de terminarla en tu santo amor.

Concédeme morir como los Santos Patriarcas, abandonando este valle de lágrimas sin tristeza, para ir y disfrutar del descanso eterno en mi patria verdadera.

Concédeme morir como el glorioso San José, acompañado por Jesús y María, pronunciando esos nombres dulcísimos que espero ensalzar eternamente.

Concédeme morir como la Virgen Inmaculada, con el más puro amor y deseando unirme al único amor mío.

Concédeme morir como Jesús en la Cruz, identificado plenamente con la voluntad del Padre y convertido por amor en un holocausto.

Señor Jesús, habiendo aceptado Tú la muerte por mí, dame la gracia de morir en un acto perfecto de amor por Ti.

Santa María, Madre de Dios, ruega por mí ahora y a la hora de mi muerte.

San José, mi padre y señor, concédeme el morir como uno de los justos.

SONETO A JESÚS CRUCIFICADO

ATRIBUIDO A FRAY MIGUEL DE GUEVARA, O.S.A.

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, de tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar por que te quiera;
porque aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

ORATIO S. AUGUSTINI

Dómine Iesu,
nóverim me, nóverim te,
Nec áliquíd cúpiam nisi te.
Oderim me et amem te.
Omnia agam propter te.
Humíliem me, exáltem te.
Nihil cógitem nisi te.
Mortíficem me et vivam in te.
Quæcúmque evéniant accipiam a te.
Pérsequar me, sequar te,
Sempérque optem sequi te.
Fúgiam me, confúgiam ad te,
Ut mérear deféndi a te.
Tímeam mihi, tímeam te,
Et sim inter eléctos a te.
Diffídam mihi,
fidam in te.
Obædíre velim propter te.
Ad nihil affíciar nisi ad te,
Et pauper sim propter te.
Aspice me, ut dilígam te.
Voca me, ut vídeam te,
Et in ætérnum fruar te.
Amen.

ORACIÓN DE SAN AGUSTÍN

Señor Jesús, que me conozca a mí
y que te conozca a Ti,
Que no desee otra cosa sino a Ti.
Que me odie a mí y te ame a Ti.
Y que todo lo haga siempre por Ti.
Que me humille y que te exalte a Ti.
Que no piense nada más que en Ti.
Que me mortifique, para vivir en Ti.
Y que acepte todo como venido de Ti.
Que renuncie a lo mío y te siga sólo a Ti.
Que siempre escoja seguirte a Ti.
Que huya de mí y me refugie en Ti.
Y que merezca ser protegido por Ti.
Que me tema a mí y tema ofenderte a Ti.
Que sea contado entre los elegidos por Ti.
Que desconfíe de mí
y ponga toda mi confianza en Ti.
Y que obedezca a otros por amor a Ti.
Que a nada dé importancia sino tan sólo a Ti.
Que quiera ser pobre por amor a Ti.
Mírame, para que sólo te ame a Ti.
Lámame, para que sólo te busque a Ti.
Y concédeme la gracia
de gozar para siempre de Ti. Amén.

SECUENCIA DEL DOMINGO DE PASCUA (VICTIMÆ PASCHALI LAUDES)

ATRIBUIDA A WIPO +1050

Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima propicia de la Pascua.
Cordero sin pecado que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables unió con nueva alianza.
Lucharon vida y muerte en singular batalla,
y, muerto el que es Vida,
triunfante se levanta.

¿Qué has visto de camino,
 María, en la mañana?
 A mi Señor glorioso, la tumba abandonada,
 los ángeles testigos, sudarios y mortaja.

¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!
 Venid a Galilea,
 allí el Señor aguarda;
 allí veréis los suyos la gloria de la Pascua.

Primicia de los muertos,
 sabemos por tu gracia que estás resucitado;
 la muerte en ti no manda.

Rey vencedor,
 apiádate de la miseria humana
 y da a tus fieles parte
 en tu victoria santa.
 Amén. Aleluya.

ORACIÓN DE SAN ANDRÉS (O BONA CRUX)

El Apóstol San Andrés sufrió martirio, muriendo clavado en una cruz, a semejanza de su divino maestro. Tanta era su ansia de identificarse con Él, que cuando fue conducido al lugar del martirio, viendo la cruz en lontananza, comenzó a exclamar:

O bona crux, quæ decórem et pulchritúdinem de membris Dómini suscepísti; diu desideráta, solícite amáta, sine intermissióne quæsíta et aliquándo cupiénti ánimo preparáta: áccipe me ab homínibus, et redde me magístro meo. Súscipe discípulum Christi, ac per te me recípiat, qui per te móriens me redémit. Amen.	¡Oh cruz buena, que fuiste embellecida por los miembros del Señor, tantas veces deseada, solícitamente querida, buscada sin descanso y con ardiente deseo preparada! Recíbeme de entre los hombres y llévame junto a mi Maestro, para que por ti me reciba, Aquel que me redimió por ti muriendo. Amén.
--	---